octavo, ó también desde el vigésimo, de su imperio, aunque haya habido mártires desde el primero.

La historia de las persecuciones ofrece multiplicadas dificultades cronológicas y otras cuya discusión no podemos acometer en este rápido bosquejo. Hemos seguido constantemente las opiniones más admitidas por lo general, y hemos tomado por guías los autores más exactos, entre otros Mamachi (*Origin. et antiq. Christ.*, t. I, l. 2, c. 8), y sobre todo las incomparables *Memorias* de nuestro Tillemont.

III. A la vista de tantas atrocidades llevadas á cabo contra los cristianos, se pregunta uno si todos los príncipes perseguidores eran hombres crueles; y en seguida vienen á la imaginación los nombres de Trajano y Marco Aurelio. Todavía pueden agregarse á ellos otros que, si bien no figuran en la lista oficial y un poco arbitraria, preciso es confesarlo, de los enemigos declarados del nombre cristiano, han derramado no obstante, la sangre de nuestros hermanos: así, Vespasiano y su hijo Tito buscaron con tanto rigor á los descendientes de David, cuyo cristianismo habían abrazado algunos, para extinguir en sus personas las razas de los antiguos reyes. También se recuerda que San Apolinario de Rávena sufrió el martirio bajo este Emperador (Usuard., XXII *jul.*): *Natalis beati Apollinaris episcopi, qui..... sub Vespasiano Cæsare, inter ipsa vicissim sibi succedentia tormenta, gloriosum martyrium consummavit.*

Así también Antonino Pío. Si en la historia de este Príncipe quedan algunos hechos obscurecidos por su homonimia con Marco Aurelio, la persecución es incontestable. Dodwel mismo no la niega, puesto que, en contra de todos los documentos cronológicos, fija en este reinado, no sólo el martirio de San Policarpo, sino también el de San Justino.

Lo mismo sucede con Alejandro Severo. Las crueldades cometidas bajo este Príncipe encuentran numerosos incrédulos, á causa de su carácter bien conocido como dulce y justiciero. Pero todo se explica cuando se reflexiona que esta persecución fué mucho menos obra personal suya que de los jurisconsultos, tan poderosos bajo su reinado, y los cuales, animados de un odio implacable contra los fieles, se valían de las leyes existentes para hacer estragos en ellos. Pero todavía se creen con derecho á difamar la cruel debilidad del Emperador.

Podrían citarse otros muchos.

Por último, ¿cómo hombres dotados, según la opinión común, de las cualidades que adornan á los buenos príncipes, se mostraron tan severos y tan crueles con los cristianos? Pueden indicarse varias causas.

Desde luego la tiránica presión de las pasiones populares. En su odio estúpido, las muchedumbres procuraban indemnizarse de las calamidades de que á veces se veían agobiadas, provocando las medidas más acerbas contra hombres á los cuales atribuían ó fingían atribuirlas, y los príncipes, cobardes ó pusilánimes, no hallaban nada mejor que concederles esta distracción. «Piensan, dice Tertuliano (*Apolog.*, XL), que los cristianos son la causa de todas las desgracias públicas, de todos los sufrimientos del pueblo. Si el Tíber llega hasta las murallas, si el Nilo no inunda los campos que le rodean, si el cielo se seca, si la tierra tiembla, si el hambre, si la peste aparecen, inmediatamente se grita: ¡Cristianos á los leones! CHRISTIANOS AD LEONES.»

En segundo lugar, la influencia y las astucias de los filósofos. A partir, sobre todo, del reinado de Adriano, muchos de ellos, animados de un odio violento contra los cristianos, aconsejaban, sin descanso, la persecución de los fieles, y las masas populares, así como también las eminencias de la sociedad romana y los jefes del Imperio. Además de Celso y Porfirio, pueden citarse Arriano, Fronton, Luciano, Crescente y Filostrato. Estos hombres no podían ver sin envidia que ilustres cristianos, versados profundamente en el estudio de la filosofía y revestidos también con el manto del filósofo, enseñaran, autorizados, nuevas doctrinas, descubrieran las contradicciones y la nulidad de las suyas, y sobre todo censuraran su avaricia y su bajeza, y sus monstruosos desórdenes, como lo hacían especialmente San Justino y su discípulo Taciano.

Por último, no conviene olvidar que los Emperadores estaban revestidos de la dignidad de *soberanos pontífices*, título que resumía todos los sacerdocios de la antigua Roma. Este título era muy considerado, y los emperadores ejercían gustosamente sus poderes, aun en cosas que pueden parecer pequeñas. Plinio consultaba á Trajano, ó recurría á su autoridad como Soberano Pontífice, y este Príncipe le contestaba como tal (*Epist.* X, 73, 74). Como Soberano Pontífice ordenó Domiciano, siguiendo el rito antiguo, el suplicio de varias vestales que habían olvidado sus deberes (Sueton. *Domit.*, VIII). Más tarde figuraba Alejandro Severo, en virtud de este mismo título, en los solemnes sacrificios (Lamprid. *Alexandr.*, XL).

Se consideraban estas funciones tan importantes y tan esencialmente ligadas á la dignidad imperial, que cuando Graciano la renunció, produjo este acto gran descontento en las eminencias del paganismo (véase Zosim., IX, 36).

Es evidente que este soberano pontificado les imponía la obligación de proteger contra todo culto enemigo al culto que estaba reconocido como del Imperio. Además los ponía en relación íntima, y en comunidad de causas, con los pontífices de un orden inferior, los sacerdotes de todas clases, los diversos colegios religiosos, es decir, con todo lo que había en la sociedad romana más hostil á la nueva religión, y que debía necesariamente ejercer sobre ellos una fuerte presión en este sentido.

Agreguemos que muchos estaban afiliados á colegios ó asociaciones religiosas. Por no hablar más que de una, pero que era la más importante, citaremos la de los *Hermanos arvales*, encargados especialmente de hacer sacrificios anuales por la prosperidad de las cosechas. Las inscripciones coleccionadas en la preciosa obra de Marini (*Gli atti e monumenti dei Fratelli arvali*) nos presentan en ellas á Nerón y aun á Trajano, á pesar del alejamiento que se imponía de estas clases de asociaciones á Adriano, Antonino, Marco Aurelio, Septimio Severo, Gordiano, etc.

Se sabe que, en nuestros días, M. Henzen ha continuado la obra de Marini y descubierto numerosos fragmentos de las actas de esta célebre corporación.

PESCADOR.—I. La antigüedad designó con frecuencia á Cristo, no sólo bajo el emblema del pez (véase esta palabra), sino también bajo el del pescador. Quiso, dice San Gregorio Nacianceno (Horat., XXI), hacerse pescador, á fin de sacar del abismo al pez, es decir, al hombre, que nada en las aguas intranquilas y peligrosas de esta vida. Leemos en San Cirilo de Jerusalén (*Procatech.*, IV): «Jesús te coge con el anzuelo, oh hombre, no para hacerte morir, sino para que, estando muerto, renazcas á la vida.» En su himno al Cristo Salvador (vers. 24 sig), San Clemente de Alejandría expresa la misma idea bajo formas poéticas: «Pescador de los hombres, tú que salvas los peces sagrados que estaban en el mar del vicio, sácalos de la ola enemiga para una vida dulce.»

Los monumentos que sirven de comentario á estos textos, no son raros. Tenemos, en primer término, una cornalina de la colección de Vallarsi (Costadoni. *Pesce*, tab. II, XXX), muy antigua, si ha de juzgarse por la perfección del trabajo. En ella, Cristo, cuyo nombre simbólico ΙΧΘΥϹ se halla escrito en el campo, está representado medio desnudo, según la costumbre de las gentes de esta profesión; tiene en una mano una cestita conteniendo el cebo, y en la otra un sedal en cuyo extremo está suspendido un pez, que el divino pescador contempla con amor y satisfacción. Sobre un pequeño vidrio publicado por el P. Garrucci (*Vetri*, VI, 10), Nuestro Señor, con túnica y *pallium*, tiene suspendido de la mano un grueso pez que ha tomado del sedal.

También se halla el Salvador figurado bajo este emblema sobre un antiguo sarcófago de Roma, de una concepción muy ingeniosa. Además de las otras escenas complicadísimas que se observan en ellos, y que todas, se cree, son relativas á la vida de Nuestro Señor, se ve allí un joven sosteniendo con una mano, por la parte media, la caña con el sedal, cuyo extremo tiene un pescador (véase la galería grande de Letran, y Bottari, tab. XLII y el grabado de nuestro artículo *Conchas*), y en la otra mano enseña á este mismo pescador un pez ya cogido en el anzuelo, á fin de que lo saque fuera del agua. A la extremidad opuesta de la tumba, el joven aparece de nuevo, pero presentando á su maestro los peces que, según sus órdenes, ha pescado con la red. La figura que damos aquí, según un sarcófago de Ostia publicado por M. Carlos Luis Visconti, representa también, ya al pescador divino, ya al pescador de hombres enviado por él. Lleva en una mano un pez ya cogido, y en la otra la cesta con el cebo.

II. Puede pensarse, con el abate Polidori (*Pesce*, part. I), que este joven es San Pedro, quien, elegido por Jesucristo para vicario suyo, fué también el jefe de los pescadores de hombres. Vemos, en efecto, que, ya para la predicación, ya para la pesca milagrosa, el Salvador escogió la barca de Pedro (Luc., V, 4): le ordena, en esta última circunstancia, dejarle en completa libertad, y entonces es cuando le dice: *Ex hoc jam homines eris capiens.* Esto hace que desde muy antiguo se haya representado á San Pedro como pescador; y en razón de esta cualidad que le concede el mismo Salvador, y para perpetuar su memoria, es por lo que San Clemente de Alejandría (*Pædag.*, III, 106) recomienda esta imagen á los primeros cristianos como una de las que deben adornar sus anillos: *Et si quis est qui piscetur, meminerit apostoli et puerorum qui ex aqua extrahuntur.* De ahí proviene el que los Soberanos Pontífices hayan adoptado la misma imagen para su sello, llamado por esto el *anillo del pescador*, y donde San Pedro está representado pescando con la red, mientras que Nuestro Señor pesca con el sedal. En un marfil antiguo (Mamachi. *Costumi.*, I. Prefaz., pág. 1) está grabada una barca con la inscripción ΙΗϹΥϹ; el Salvador hace allí las funciones de piloto, y San Pedro saca fuera del agua una red conteniendo un pez grande. Los Apóstoles y sus sucesores debieron ser representados con frecuencia como pescadores; traeremos aquí un ejemplo de la mayor antigüedad, que se encuentra en lo que se llama la cámara de los sacramentos en el cementerio de Calixto (véase Rossi, ΙΧΘΥϹ, tab. II, n. 4).

El primer asunto representado, en una serie de cuadros perfectamente coordinados, es Moisés golpeando la roca de Oreb, es decir, San Pedro haciendo brotar del costado del Salvador,

figurado por la roca, *petra erat Christus* (1 *Cor.*, x, 4), las aguas de la vida eterna, ó sea la fuente viva de su doctrina y de sus sacramentos. En estas aguas saludables, el ministro de Jesucristo echa su sedal, y saca un pez, es decir, un hombre convertido á la fe.

Este asunto se halla representado exactamente de la misma manera en los subterráneos primitivos del cementerio de Domitila (De'Rossi. *Bullet.* 1865, pág. 44), pero de un estilo mucho mejor.

Costadoni trae al final de su disertación sobre el pez, una gema extravagante por demás; representa un hombre completamente desnudo, á excepción de una piel de pez que le sirve de manto y de tocado. Con una mano parece dar órdenes, y en la otra lleva la *sporta* del pescador. Según Polidori, á quien tomamos esta interpretación sin garantizarla, este personaje sería Cristo, de quien puede decirse que fué pez por la adopción de nuestra humanidad, que fué pescador por la virtud de su palabra, y que dió á otros la misión de pescadores, lo que parece indicar el gesto de la mano levantada en señal de imperio, gesto muy semejante al que hace en otros muchos monumentos donde está representado confiriendo su misión á sus Apóstoles. Al profetizar la misión de los Apóstoles, Jeremías los designaba ya (XVI, 16) con el título de pescadores: «He aquí que yo enviaré un gran número de pescadores, dice el Señor, y ellos pescarán á los hijos de Israel.» Este es por lo menos el sentido figurado del pasaje.

PETRONILA (Basílica de Santa).— El descubrimiento de este monumento es uno de los sucesos arqueológicos más notables que se han verificado desde los comienzos de la nueva era de exploración de las catacumbas romanas. Se debe al celo y á la sagacidad del ilustre autor de la *Roma sotterranea cristiana*: él solo puede servirnos de guía en el rápido bosquejo que vamos á trazar de los maravillosos resultados de sus investigaciones.

I. A milla y media de los muros de Roma, debajo de un terreno conocido en los tiempos modernos con el nombre de *Tor Marancia*, entre la vía Ardeatina y la vía de Ostia, existe una de las más vastas necrópolis cristianas del territorio suburbano. Es el que se llama cementerio de Domitila, porque está abierto debajo del *prædium* de Flavia Domitila, sobrina del emperador Domiciano. Bosio lo tomó por el cementerio de Calixto; pero hay una veintena de años que, según los datos más seguros de los topógrafos y de las actas de los mártires, M. De'Rossi creyó poder restituirle su verdadero nombre. Sin embargo, para cambiar en certidumbre las juiciosas conjeturas del nuevo Bosio, quedaba todavía por hacer otro descubrimento, el de los monumentos indicados en las fuentes que le habían puesto sobre la vía: queremos hablar de las tumbas de los santos epónimos del cementerio, Petronila y los *cubicularii* de Domitila, Nereo y Aquiles, que fueron también los compañeros de su martirio. Sobre la fe de las actas de estos Santos, actas de una autenticidad dudosa (*ap. Bolland*, t. II, *maii*), la virgen Petronila, que había precedido á estos mártires en este hipogeo, había pasado por hija de San Pedro, calificativo que se le atribuyó hasta en la lista de las ampollas de Monza, en el siglo VI: *filiæ sancti Petri*, se dice allí (véase el artículo *Oleos santos*). Sin embargo, los hagiógrafos y los críticos habían convenido siempre en que esto no podía entenderse sino como una filiación espiritual. Baronio va más lejos todavía, y observa que este vocablo de Petronila es un *cognomen* derivado, no de Petrus, sino de Petronius, que era el abuelo de los Flavios, Augustos y de las Domitilas cristianas. El epitafio de su sarcófago decía AVRELIAE PETRONILLAE. Luego abriéndose por un PETRO la genealogía de los Flavios, se comprende fácilmente que una mujer llamada Petronila procediera de esta ilustre raza y tuviera con la misma Domitila los lazos de un parentesco más ó menos estrecho (*Bull.*, 1865, pág. 22).

En cuanto á la tumba de nuestra virgen, resulta de los documentos mencionados más arriba, que estaba colocada en una basílica ocupando el punto central del cementerio de Domitila. Allí, pues, era donde debía buscarse este edificio; y, en efecto, en el mes de Marzo de 1854, es decir, desde el principio de las operaciones de la Comisión de arqueología sagrada establecida por Pío IX, operación cuyo primer objeto fué desembarazar de escombros este mismo cementerio, el edificio empezó á revelarse por diversas construcciones y otros indicios con los cuales el olfato del arqueólogo práctico no podía equivocarse. Pero una reclamación del propietario del terreno vino á suspender los trabajos, que no pudieron ser continuados sino después de un período de veinte años, merced á la generosa iniciativa

de Mgr Xavier de Merode. Este prelado, siempre dispuesto á favorecer las empresas beneficiosas á la religión y á la ciencia, compró el vasto *latifundium* de Tor Marancia, así como la viña vecina, donde se abre la entrada monumental del cementerio de los Flavios Clementes cristianos, y las excavaciones fueron reanudadas en Noviembre de 1873.

No pensamos seguir al sabio explorador en todas las fases de su descubrimiento, pero anotaremos, por lo menos, los puntos principales. Se mostraron sucesivamente al nivel del segundo piso de la catacumba, bases de columnas, después lienzos de muros, naves, un ábside, dando á entender el todo un edificio de gigantescas proporciones, casi igual en extensión á la basílica constantiniana de San Lorenzo *in agro Verano*. Allí estaba indudablemente la Iglesia designada por los documentos antiguos con el nombre de Petronila ó de Nereo y Aquiles, el augusto santuario donde en el siglo VI pronunció San Gregorio el Grande, enfrente de las tumbas de estos mártires, una de sus más memorables homilías. En efecto, se encontró bajo el área del ábside una piedra en la que se leía una parte del elogio histórico de los Santos Nereo y Aquiles, compuesto en el siglo IV por el Papa Dámaso, y que fué fácil completar con ayuda de las copias conservadas en los antiguos manuscritos, los cuales determinan hasta el sitio que el epígrafe métrico damasiano ocupaba primitivamente.

Otros hallazgos han venido gradualmente á establecer, con verdadero lujo de evidencia, la identidad del monumento. Tal es, en primer lugar, una columna de mármol blanco, que yace en la pequeña nave de la derecha, y que presenta en su fuste esculpido el suplicio de un mártir, en bajo relieve, con la inscripción ACILLEVS (por *Achilleus*) en caracteres del siglo IV, nombre que se comprende es el de Aquiles, uno de los dos mártires, eunuco de Domitila: un trozo de mármol que formaba, sin duda, parte de la columna que representaba el martirio de Nereo, ha sido encontrado á corta distancia de la otra, habiendo derecho á esperar que el fragmento conteniendo el bajo relieve y la inscripción NEREVS se encontrará también algún día.

M. De'Rossi supone, con toda clase de fundamentos, que tenemos aquí dos de las cuatro columnas que sostenían el *ciborium* que cubría el altar aislado (véase el dibujo de la columna de San Aquiles en nuestro artículo *Martirio Representación del*).

El segundo descubrimiento que debemos señalar, ni es menos interesante, ni prueba menos. Consiste en el fondo de un *cubiculum*, en un fresco, indicando, según toda probabilidad, el lugar donde estaba colocado el sarcófago de Petronila, y que representa dos figuras en pie, una de las cuales extiende los brazos á la manera de *orante*, y la otra tiene su mano derecha afectuosamente apoyada sobre el hombro de la primera. Cerca de la cabeza de ésta se halla inscrito su nombre, VENERANDA, con la fecha de su muerte: DEF*uncta* VII IDVS IANVARIAS; la segunda es Santa Petronila, como lo indica su nombre, ligeramente alterado, PETRONELLA MARTYR. El grupo figura el recibimiento de Veneranda en el Paraíso por Petronila, á la cual había tomado, sin duda, por su patrona ó protectora (véase en nuetro artículo *Paraíso* una pintura análoga á ésta y el texto explicando esa práctica de la iconografía cristiana). Se notará el título de mártir atribuído aquí á Santa Petronila, aunque ningún documento diga que lo ha sido; este es un error que no carece de ejemplo en los santuarios suburbanos, donde se ven diversos personajes y aun Papas posteriores al tiempo de las persecuciones, calificados con este título puramente honorífico. He aquí un croquis del fresco de Veneranda.

II. La fundación de la basílica de Santa Petronila data de fines del siglo IV, y se fija entre el año 390 y el 395, bajo el pontificado de Siricio, pontífice conocido por su celo para el sostenimiento y decoración de las tumbas de los mártires. En el primer cuarto del siglo VI, debió ser ya restaurada por el Papa Juan.

A fines de este mismo siglo fué cuando San Gregorio el Grande pronunció en esta basílica la homilía mencionada más arriba, y en la cual

deplora las calamidades que arruinaban la Italia por causa de las invasiones de los Lombardos, de la peste y de las plagas de todas clases: *Ubique mors, ubique luctus, ubique desolatio* (S. Greg. *Opp.*, t. I, pág. 1.569). Casi en la misma época se fija la peregrinación del sacerdote Juan, enviado á Roma por Teodelinda, para traer á esta reina de los Lombardos aceites de las santas tumbas. En el número de estos aceites figuran, como ya lo hemos indicado, los de Petronila, Nereo y Aquiles, contenidos en una misma ampolla con los de las basílicas de Dámaso, Marco y Marceliano, que eran vecinas de las de Petronila.

Durante todo el curso del siglo VII fué visitada esta basílica por una multitud de peregrinos de todas las naciones, y en particular de las Galias, de la Germania y de la Bretaña. Esto es lo que atestiguan los antiguos itinerarios impresos en el tomo I de la *Roma sotterranea cristiana* (pág. 180 y sig.).

Pero las devastaciones llevadas á cabo en 755 por los Lombardos en los cementeries y en las basílicas de los alrededores de Roma, obligaron al Papa Pablo I, inmediatamente después del restablecimiento de la paz, á trasladar á lugar seguro las reliquias de los Santos mas ilustres, y una de las primeras de estas traslaciones fué la del cuerpo de Santa Petronila. En el Vaticano fué levantada una tumba para recibir estos preciosos despojos. Esto es lo que explica por qué no se encontró ningún vestigio de su sepultura en las ruinas de la basílica construída en 752 por Esteban II, en un lugar llamado Mausoleo, *in loco qui Mausoleon appellatur* (*Lib. pont. in Steph.*, II). Este mausoleo, convertido por este Pontífice en iglesia de Santa Petronila, no es más que la tumba de Honorio y de María, su esposa, en el cual fué encontrado en el siglo XVI todo el *mundo mujeril*, *mundus muliebris*, de esta Princesa (véase nuestro artículo *Objetos encontrados en las tumbas cristianas*, 2.º).

Ningún documento histórico ni epigráfico autoriza á pensar que las reliquias de Nereo y Aquiles habían sido sacadas entonces de sus primitivas sepulturas, para ser trasladadas á la ciudad. Todo lo que sabemos positivamente es que en 1213 fueron depositadas en San Adriano, en el Forum (Baron. *Ad martyrol.*, 12 *maii*). El cardenal Baronio, titular de la iglesia de los Santos Nereo y Aquiles, *intra muros*, consiguió del Papa Clemente VIII que sus reliquias, así como las de Domitila, fuesen concedidas á su título, restaurado por él con mucha magnificencia; y el gran analista quiso que el cortejo triunfal, organizado por sus desvelos, pasara bajo los arcos de los emperadores de la familia Flavia, á fin de comprobar la alta nobleza de Domitila, de la raza de los Vespasianos.

Desde el siglo VIII hasta el descubrimiento hecho en nuestros días, la serie de los hechos relativos á la basílica de Petronila ha quedado envuelta en la más completa obscuridad.

III. Como lo hemos dicho, el edificio estaba fundado en el piso segundo de la catacumba, y por consiguiente enterrado en la mayor parte de su altura, porque desde el pavimento hasta la parte superior de lo que queda, el monumento mide todavía una elevación de siete metros. Pero por su cima salía del suelo y recibía la luz por ventanas practicadas en la parte superior de los muros, exactamente iguales á la que se ve todavía en la basílica de Santa Inés en la vía Nomentana.

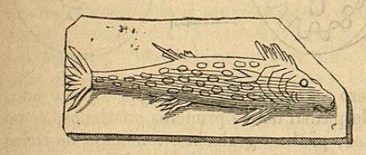
El área de la basílica, según M. Lefort en la *Revue archéologique* (Junio 1874, pág. 373), donde el lector encontrará una descripción completa del monumento, está contenida en un pentágono irregular y dividido en dos partes desiguales; la primera sección, rectangular, contenía á la derecha una cámara cuyo destino es difícil determinar, mientras que lo restante debía formar una especie de vestíbulo desde el cual se penetraba en la iglesia; la segunda sección, que constituye la iglesia propiamente dicha, está dividida en tres naves y separada de la precedente por un muro que tiene tres huecos correspondientes á cada una de las tres naves.

Toda la parte del edificio que sobresalía del terreno está desplomada, habiéndose encontrado el interior lleno de escombros. Sin embargo, la parte adosada á la roca viva, es decir, los muros del ábside y el perímetro del templo, se hallan intactos, pero enteramente desnudos: se supone con mucho fundamento que estas paredes estaban barnizadas de un *intonaco* y decoradas con pinturas, cuya pérdida sería tanto más deplorable, cuanto que se fijarían en la misma fecha que los más bellos monumentos del arte cristiano del siglo IV, por ejemplo, el admirable mosaico de Santa Pudenciana.

¿A qué causas debe atribuirse la destrucción del monumento? Difícil sería contestar á esto. No parece, por lo menos, que esta sensible ruina sea obra de los hombres, porque en el interior se encuentra cada objeto en el sitio donde había caído. M. Miguel De'Rossi lo atribuye á un temblor de tierra; el edificio, según él había sido muy perjudicado por los terremotos del siglo V, y consumada su ruina por los del IX.

PEZ (SÍMBOLO).—De todos los símbolos de la primitiva Iglesia, ninguno fué de uso más vulgar ni más universal que el *pez*. Está empleado como metáfora en el discurso, por los Santos Padres y los demás escritores eclesiásticos, figurado como fórmula misteriosa en los monumentos de todas clases, ya por la inscripción de su nombre griego, ΙΧΘΥϹ, ya por su figura pintada, grabada ó esculpida, ya, en fin, por la reunión del nombre y de la figura,

como en este curioso anillo encontrado cerca de Roma (De'Rossi. *Bull.* 1873, pl. IV, V), y en el que el mismo pez ocupa el lugar de la inicial I de la palabra ΙΧΘΥϹ. Se comprende, pues, que no se trata aquí, ni de los peces que, en diversas épocas, debieron entrar, para la fidelidad histórica, en la representación de ciertos hechos evangélicos, ni de los que los artistas han puesto en sus diversas composiciones como simples motivos de ornamentación; sino más bien, y únicamente, del pez aislado, trazado con una intención simbólica, bajo el imperio de la disciplina del secreto, particularmente sobre las tumbas y las piedras anulares, por los cristianos de los cuatro primeros siglos (véase De'Rossi. *De Christ. monum.* ΙΧΘΥϹ *exhibent*, in t. II, *Spicil. Solesm.*). Luego en el pensamiento de nuestros padres, este símbolo tuvo una doble aplicación: Cristo y el cristiano.



I. Sea casualidad, sea providencial disposición, sucede que la palabra griega ΙΧΘΥϹ, que significa pez, facilita las iniciales de las cinco palabras Ἰησοῦς, Χριστὸς, Θεοῦ, Υἱὸς, Σωτήρ, ó sea, en español: JESUCRISTO HIJO DE DIOS SALVADOR. ¿Cómo y por quién fué descubierto este enigma? Difícil sería responder á esta pregunta: se supone que pudo venir de Alejandría, donde, habiendo procurado algunos cristianos sustituir prontamente con un nuevo acróstico á los que, al decir de Cicerón (*De divin.*, II, 54), formaban las *suturas* de los versos atribuídos á las sibilas, sorprendieron sus elementos en esta palabra misteriosa. De los libros, el ἴχθυς enigmático pasaría al lenguaje vulgar de los primeros cristianos; es cierto que desde el siglo II, el sentido del pez era familiar á los fieles, puesto que San Clemente de Alejandría, que les recomienda grabar en sus sellos la figura del pez (*Pædag.*, III, 106), se abstiene de explicarles la causa. Sabemos, por lo demás, positivamente por el testimonio del autor africano anónimo del libro *De promission. et benedic. Dei* (II, 39): "Ἰχθυν, *latine piscem, sacris litteris, majores nostri interpretati sunt hoc ex sibyllinis versibus colligentes;* «la interpretación del ἴχθυς, ó pez, la han tomado nuestros padres de los versos sibilinos», y nos parece bien reproducir la explicación tan clara que San Agustín da del acróstico (*De civit. Dei*, XVIII, 25): «Si de las cinco palabras griegas que siguen, Ἰησοῦς, Χριστὸς, Θεοῦ, Υἱὸς, Σωτήρ, reunís las primeras letras, tendréis ΙΧΘΥϹ, pez, en el cual está designado simbólicamente el nombre de Cristo.»

Como quiera que sea, el descubrimiento, quizás fortuito, de una palabra que se prestaba tan maravillosamente á expresar el nombre de Jesucristo, sus dos naturalezas y su cualidad de Salvador, debió ser una verdadera revelación; y se comprende que, apoderándose de un dato tan fecundo, los Santos Padres debieron dar rienda suelta á su imaginación y á su piedad, para procurarse, en la naturaleza misma del pez, analogías con los diferentes atributos del Redentor de los hombres. Y partiendo de la suposición de que el ΙΧΘΥϹ fuese empleado ante todo como enigma, nos figuramos que la era de las interpretaciones simbólicas se abrió posteriormente. Estas interpretaciones son numerosas en los textos antiguos; nos limitaremos á indicar rápidamente las más dignas de atención.

Cristo es llamado *pez:*

1.º *Porque es hombre.* En el lenguaje figurado de la Escritura y de la primitiva Iglesia, la vida presente es un mar: *Vbique mare sæculum legimus*, dice San Optato (III, pág. 68); y según San Ambrosio (L. IV *In Luc.*, V), los hombres son peces que nadan en este mar: *Pisces qui hanc enavigant vitam.* Un piadoso peregrino de los primeros siglos escribía esta oración en una de las paredes de la cripta de los Papas mártires en el cementerio de Calixto: «Pedid que Verecundo con los suyos haga felizmente su navegación, *bene naviget.*» Porque, al revestirse de nuestra naturaleza el Verbo se ha convertido en *pez* como nosotros; «se ha dignado estar oculto en las aguas del género humano, y ha querido sujetarse al lazo de nuestra muerte» (Greg. Magn. *Homiliar. in Ev.*, l. II. *Homil.* XXIV), *Ipse enim latere dignatus est in aquis generis humani, capi voluit laqueo mortis nostræ.* Además, obligado á pagar el impuesto, Nuestro Señor quiere que la pequeña moneda que debe entregar, se encuentre en la boca de un pez, á fin de que, siendo el pez el símbolo de su humanidad, ΙΧΘΥϹ, *in quo is erat qui tropice piscis appellatur* (Origen. *In Matth.*, *homil.* XIII, 10), se entendiera bien que pagaba el censo, no tanto como Hijo de Dios (los reyes no exigen el impuesto á sus hijos [Matth., XVII, 24]), sino como hombre.

2.º *Porque es Salvador.* El pez cogido por el joven Tobías en el Tígris, para librar á Sara del demonio y devolver la vista á Tobías su padre, ofrece una sorprendente analogía con el Salvador, quien, por el atractivo de su divina doctrina, saca al mundo de las tinieblas donde estaba sumergido, y por la virtud de su cruz, abate al demonio, dueño, hasta entonces, de la tierra. Los Santos Padres no han olvidado estas ingeniosas relaciones, y hemos elegido, entre otras muchas, la explicación de